

jo continúa en el mundo y en la Iglesia. Finalmente en la tesis 10 estima que la mejor continuación de la historia de Jesús, y el esplendor que de ella dimana, se realiza cuando esa historia es vivida y testimoniada por los cristianos siguiendo las huellas de Jesús, para la salvación y la paz del mundo (cf. 205).

Ofrece diez páginas de bibliografía actualizada. Termina con un apéndice de Silvio Barbaglia, publicado en G. Biguzzi-M. Gronchi (ed.), *Discussione sul Gesù storico* (Città del Vaticano 2009) y titulado *Gesù storico e origini del cristianesimo nella galassia "internet". La sfida al modello tradizionale della ricerca storica* (Urbaniana University Press, Città del Vaticano 2009) 21-35. Describe la importancia y amplitud de la cuestión, así como sus aspectos negativos y positivos.

Un índice onomástico, de seis apretadas páginas, completa esta interesante obra.

Antonio García-Moreno - Obispo San Juan de Ribera 13, 3°C. E-06002-Badajoz

---

Santiago GUIJARRO, *Los cuatro evangelios* (Biblioteca de estudios bíblicos 124; Sí-gueme, Salamanca 2010). 575 pp. ISBN: 978-84-301-1730-7. € 34,00

Es superfluo detenerse en ponderar la importancia de los cuatro evangelios para la Iglesia y para la cultura universal; todo intento se manifiesta insuficiente. No es sin embargo frecuente hallar en el ámbito académico una obra como la que hoy presentamos; en ella Santiago Guijarro Oporto, catedrático de Nuevo Testamento en la universidad pontificia de Salamanca, aborda estos cuatro escritos desde la doble perspectiva de su unidad y su diversidad. Cuatro escritos en los que aquello que tienen de común (la referencia a la vida y el mensaje de Jesús de Nazaret) les confiere una unidad que supera los límites de las diversas tradiciones en los que se han configurado (sinóptica, joánica), y que desde antiguo favoreció su agrupación en un canon. Esto salta a la vista particularmente cuando se sitúan frente a las otras obras ("apócrifas") que produjo el cristianismo antiguo; "cuando [los evangelios] se comparan entre sí sin tener en cuenta los otros libros sobre Jesús, lo que queda subrayado son las diferencias. Sin embargo, cuando la comparación entre los cuatro se hace teniendo en cuenta los otros evangelios, aparecen más claramente las semejanzas entre ellos" (11). El rasgo principal de estos cuatro escritos es su carácter biográfico, que articula las tradiciones sobre Jesús en un relato en el que subyace la pregunta por su identidad; se trata además de las composiciones literarias más antiguas, y más cercanas por tanto a los acontecimientos originarios. Y sobre todo, lo complejo de su proceso de formación muestra una honda interacción entre las diversas "tradiciones": "Cuando se observa la complejidad de la tradición oral y de las diversas composiciones en las que cristalizó antes de que fueran compuestos los evangelios, resulta difícil no reconocer que todos ellos compartieron la misma tradición básica" (12). Esta obra ofrece una vi-

sión unitaria de ese proceso que culminó en la composición del “evangelio tetramorfo”. No se trata de un manual, aunque aborda de forma sistemática las cuestiones espedables en una obra de esas características; era la intención inicial, pero finalmente el autor se ha decantado por ofrecernos su visión personal de los evangelios: “En líneas generales, esta visión coincide con la que comparte la mayoría de los estudiosos, pero en algunos casos se separa de ella” (13). La decisión se justifica plenamente.

Tras un prólogo en el que se nos presentan las principales opciones que caracterizan su propuesta (9-18), el libro se divide en dos grandes partes, precedidas por una extensa introducción (“La selección de los cuatro”: 21-60) donde se sitúan los cuatro evangelios en el contexto del cristianismo naciente y se describe su proceso de recepción eclesial, además de ahondar en el significado de “evangelio” y en su género literario (biográfico). La primera parte, “La formación de los evangelios”, aborda los aspectos comunes referidos al origen de estos escritos: “Las relaciones entre los cuatro evangelios” (c. 1, 63-102); “La tradición oral y los cuatro evangelios” (c. 2, 103-160); y “Las composiciones anteriores a los evangelios” (c. 3: 161-202). La segunda parte, “El evangelio tetramorfo”, dedica un capítulo a cada uno de los cuatro evangelios, incluyendo la segunda parte de la obra de Lucas: Marcos (c. 4, 205-282); Mateo (c. 5, 283-347); Lucas (c. 6, 349-404; apéndice: Hechos de los Apóstoles, 405-440); y Juan (c. 7, 441-528; se tocan también las cartas joánicas). En el análisis de cada evangelio se presenta primero su composición, y a continuación se procede a una completa lectura (particularmente detallada en Marcos y Juan); por último se expone su contexto vital y las circunstancias históricas de su producción. La obra se cierra con un capítulo conclusivo (“La memoria de Jesús”: 531-539) que sintetiza su propuesta; en su final hallamos una interesante reflexión acerca del significado teológico y eclesial del “tetraevangelio”. En Apéndice el autor publica, en versión castellana, tres “Composiciones anteriores a los evangelios”: el relato premarquiano de la Pasión, el Documento Q y la Fuente de los signos joánica (541-558).

Una palabra acerca de los presupuestos metodológicos. Ante todo, Guijarro asume la teoría de las dos fuentes y la prioridad de Marcos; con la peculiaridad de que el segundo evangelio es visto, no sólo como el relato-base para Mateo y Lucas, sino también como inspiración para Juan: “Lo más probable es que [el cuarto evangelista] conociera el Evangelio de Marcos y tal vez el de Lucas, aunque compusiera su evangelio a partir de otras tradiciones” (102). De manera que, igual que los tres primeros son “sinópticos”, se podría hablar de cada uno de ellos en relación con Juan como “biópticos”, es decir, “que pueden leerse en paralelo como dos visiones alternativas de la memoria de Jesús” (155; cf. 527 [¿No sería quizá etimológicamente más afortunado hablar de “diópticos”, siguiendo el modelo de gr. διετής o δίλογος?]). Por otra parte, en la interpretación de los evangelios predomina la perspectiva sociológica, de modo que –sin desatender la teología– esta es la clave que primariamente explica la peculiaridad de cada escrito.

Dos son las grandes opciones de esta obra, relacionadas entre sí. Ante todo, la relevancia que se atribuye a la tradición oral en la composición de los evangelios; una tradición que no es vista como el estadio precedente a la puesta por escrito, sino

como un fenómeno paralelo, de modo que ambos (tradición oral y escrito) interactúan entre sí. Y es que, como señala Guijarro, es necesario un cambio de paradigma para abordar este hecho, pues al lector moderno le es culturalmente difícil comprender lo que significa una cultura en la que predomina la oralidad. En ella el escrito tiene una función importante, pero subsidiaria, tal y como se desprende de testimonios antiguos que, aún existiendo ya libros escritos sobre Jesús, manifiestan su preferencia por los relatos orales de quienes han estado en contacto con testigos o allegados de testigos. La oralidad ha precedido y acompañado la puesta por escrito de los testimonios sobre Jesús, de modo que hay que atender no sólo a la “oralidad primaria” sino también a la “secundaria”, es decir, aquella que sigue viva aún cuando ya existen los escritos y que por lo tanto puede influir, a veces poderosamente, en su transmisión y fijación definitiva. No podemos dejar de notar cómo este hallazgo de la investigación crítica presenta contactos de fondo con la doctrina eclesial sobre la importancia de la Tradición, que junto con la Escritura aparece como una única fuente de la revelación (cf. *Dei Verbum* 9).

La segunda gran opción es la importancia atribuida al género literario biográfico de los evangelios. Asumiendo las conclusiones de la historia de las formas y de la redacción, Guijarro ve en la forma biográfica del relato sobre Jesús la gran novedad de Marcos, que disponiendo así el material tradicional (fragmentario) habría compuesto la primera biografía sobre Jesús; la obra de reelaboración de Mateo y Lucas se explicaría, en gran medida, por su deseo de perfeccionar esta biografía adaptándola a los cánones clásicos, en los que se requiere una primera parte acerca de la nobleza de origen del personaje (ausente en Marcos, esta sería la finalidad de los “evangelios de la infancia”) y una parte conclusiva acerca de la muerte de este personaje y sus efectos posteriores: frente a la parquedad del relato marcano acerca de la resurrección, Mateo y Lucas habrían añadido diversos relatos de apariciones. La forma biográfica, en fin, confiere a los relatos sobre Jesús una impronta teológica fundamental, ya que en ellos el aspecto principal, más allá de los dichos o hechos de su protagonista, es la pregunta acerca de su identidad como Mesías e Hijo de Dios.

La riqueza y densidad de la obra hacen imposible una exposición pormenorizada de su contenido; por ello nos limitamos a dos observaciones. En primer lugar, como ya hemos indicado, Guijarro ve la principal originalidad de los evangelios en su forma biográfica. Antes de ellos las tradiciones habrían surgido en pequeñas unidades literarias (dichos, relatos de milagros, etc.) que poco a poco habrían ido siendo agregadas; a partir de ellas Marcos –el primero– habría compuesto una biografía; pero –afirma el autor– “la tradición sobre Jesús no se transmitió desde el principio en un molde biográfico” (159). Con todo, nos preguntamos si la forma narrativa (y por tanto “biográfica”) de presentar el misterio de Jesús no se puede situar más cerca de los orígenes. De hecho, las tradiciones explícitas más antiguas acerca de Jesús (1 Cor 11,23-25; 15,3-8) son narraciones; en particular, el segundo pasaje es una síntesis de los acontecimientos culminantes de su vida. ¿No sería posible concebir las formas primeras de la tradición oral sobre Jesús como relatos semejantes al que hallamos en He 10,37-43? (El mismo autor se refiere a estos pasajes como un “esquema narrativo típicamente cris-

tiano”: 56). Ello se explicaría por la peculiaridad del núcleo de esa tradición, que desde su principio no consiste en máximas sapienciales o hechos prodigiosos, sino en un acontecimiento que se ha verificado en la historia de Jesús de Nazaret.

Nuestra segunda anotación se refiere a la perspectiva sociológica que preside la interpretación de los evangelios. Guijarro no descuida la teología; al contrario, pone justamente de relieve la peculiaridad teológica de cada relato, aunque no dedique a esta cuestión secciones específicas. Pero subordina esta dimensión a los condicionamientos sociales de los evangelistas y las comunidades relacionadas con ellos. No cuestionamos la pertinencia de esta aproximación metodológica; pero hacer de ella la referencia primaria obliga inevitablemente a moverse en un mundo de hipótesis que condicionan la solidez de algunas conclusiones. Nos parece discutible, en particular, la presentación de la existencia cristiana como “marginal” y “alternativa” en su tiempo; por ejemplo, se presenta el sermón de la montaña como una propuesta “a un grupo que está en minoría tanto en el contexto inmediato del judaísmo fariseo, como en el más amplio del mundo del Imperio” (309). Si bien esta explicación no carece de fundamento, no nos parece que haga justicia a la propuesta que se desprende de estos relatos, una propuesta de alcance universal y que por tanto no habla de una marginalidad social, sino de una vida orientada a la excelencia.

La obra es densa pero muy bien escrita, con un estilo ágil que hace agradable su lectura. Las muy numerosas referencias bibliográficas no suponen un obstáculo para ello, ya que están agrupadas al comienzo de cada párrafo evitando así las notas al pie. También la edición es muy cuidada, tal y como nos tiene acostumbrados esta colección; algunos (pocos) errores que hemos detectado: p. 38 (debería decir “Mal 3, 22-24”); p. 161 (“p. 541-558”); p. 269 (“... y utilizaron Mateo y Lucas”); p. 329 (“jefes de los sacerdotes”); p. 330 (“Mt 27, 19”; “Mt 27, 62-66; 28, 11-15”); p. 520 (“el mundo del Imperio”).

Nos hallamos, en fin, ante una verdadera obra de madurez, llamada a incidir durante los próximos años, dentro y fuera de nuestras fronteras, en el debate académico acerca de los evangelios. No podemos sino congratularnos por la solidez de la propuesta y por la ayuda y estímulo que supone para la tarea, siempre inacabada, de adentrarse en el misterio del evangelio tetramorfo.

Luis Sánchez Navarro – Facultad de Teología San Dámaso. Jerte 10 – E-28005 Madrid

---

RICHARD I. PERVO, *THE MAKING OF PAUL. CONSTRUCTIONS OF THE APOSTLE IN EARLY CHRISTIANITY* (FORTRESS PRESS; MINNEAPOLIS 2010). xv + 376 pp. ISBN: 978-0-8006-9659-7. \$ 32,00.

La imagen que la Iglesia se hizo de Pablo no procede sólo de las cartas escritas por él. Este libro rastrea el proceso a través del cual se fue elaborando esa ima-